

¿POR QUÉ JÜNGER?

Arturo Fontaine Talavera

¿Por qué se habla tanto hoy en día de Ernst Jünger? ¿Sólo o principalmente porque ha cumplido recién cien años? Este ensayo pasa revista a diversos motivos para explicar el fenómeno de esta "leyenda viva", entre ellos, Jünger como perspicaz testigo del siglo; sus curiosas y sorprendentes vinculaciones intelectuales; su escalofriante literatura sobre la guerra; su extraña trayectoria política; sus medallas al valor en ambas guerras mundiales; su personalidad, en la que se funden el viajero romántico, el ensayista, el que experimenta con drogas, el guerrero, el nacionalista antinazi, el entomólogo y el novelista; su pensamiento acerca de la técnica y la naturaleza. Se sugiere, al fin, que, antes que nada, el magnetismo que ejerce hoy su figura se entronca con el antiguo tema del héroe.

¿Por qué Jünger? ¿Sólo porque ha cumplido cien años en buena salud y perfecto uso de sus extraordinarias facultades de pensador y escritor? Es un hecho que, durante el último tiempo, el interés por su figura —por el hombre y por su obra— ha ido creciendo año a año. Cuando Joaquín

ARTURO FONTAINE TALAVERA. Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. M. A. y M. Phil., en Filosofía, Universidad de Columbia. Profesor de Teoría Política en el Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

Fernandois, autor de la antología que aparece en esta misma revista, comienza en 1972 la preparación de su libro *Política y transcendencia en Ernst Jünger*¹ la situación es muy distinta. De Jünger entonces se hablaba muchísimo menos. ¿Se conecta esta preocupación con el renacimiento de los nacionalismos, con la fuerza con que irrumpió la sensación de pertenencia a una patria después de la caída de la Unión Soviética?

Jünger es una leyenda viva. Desde luego, su testimonio nos comunica con un pasado que nos atrae particularmente ahora: el mundo anterior a la Primera Guerra. Pareciera que el siglo XX comenzó ahí, con la caída del Imperio Austro-Húngaro. Y este hombre excepcional —sus valores, su sensibilidad— se formó antes de eso. Es un testigo único. Su mirada no tiene parangón. Y ahí están sus diarios, novelas y ensayos para demostrarlo. En particular, sus diarios de la Segunda Guerra, en los que la trama, que opera como un trasfondo dramático, es la historia del auge y caída de Alemania. Su prosa, salpicada de pensamientos, aforismos y detalles impresionantes, adquiere en ellos un gran poder y concentrada intensidad.²

En seguida, está su experiencia del riesgo como soldado. En la Primera Guerra es herido varias veces y premiado con la Cruz de Hierro de primera clase, y la condecoración "Pour la Mérite", la más alta distinción al valor concedida por el Kaiser. Sólo 687 soldados reciben este premio durante la Primera Guerra.³ Al término de esa guerra, ha recibido "catorce impactos directos", a consecuencia de disparos de fusil, obuses y granadas de mano. Queda enteramente sano, salvo veinte cicatrices de guerra. Luego, es premiado con la Cruz de Hierro de segunda clase en la Segunda Guerra. En este caso, por el valor demostrado en el rescate de un subordinado que fue herido y quedó expuesto al fuego enemigo. El artillero ha gritado pidiendo socorro. El capitán Jünger hace un reconocimiento del terreno y decide intentar el rescate personalmente. Lo acompaña el alférez Spinelli. Otro alférez, Erichson, se ofrece como voluntario, pero el capitán le ordena que los cubra apuntando su cañón hacia la trinchera. Los ven y comienzan a llegar las ráfagas de la ametralladora enemiga. De la casamata "no cesaban de disparar contra nosotros: el polvo de la tierra levantada por los proyectiles nos caía en el pelo y a nuestro alrededor empezaba a oler a chispas de metal". Salva al brigada herido

¹ Joaquín Fernandois, *Política y transcendencia en Ernst Jünger*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 1982.

² Acerca de estos diarios, ver José Gandolfo, "Maestro escritor de diarios", Santiago: *El Mercurio*, 23-4-95, E 9. La edición de ese día de la Sección E, "Artes y Letras" del diario *El Mercurio* contiene un interesante dossier acerca de Jünger.

³ Joaquín Fernandois, obra citada, p. 6.

y recupera también el cuerpo de su compañero, un cabo que había muerto en la acción y cuyo cuerpo, al agarrarlo, "he encontrado todavía caliente".⁴ Esto ocurre el día en que cumple cuarenta y cinco años.

Ha narrado la guerra con agudeza y exactitud descarnada, ajeno por completo a las exaltaciones sentimentales, sean ellas belicistas o pacifistas. Medita sobre el miedo, la valentía, el mando: "A los subordinados se les puede pedir consejo sobre el asunto, pero no en lo referente al ethos que subyace al asunto".⁵

Su tono es el de un estoico: "De acuerdo con las leyes de una estética moral secreta, parece más digno, si uno cae, caer de cara que caer de espaldas"⁶ o "sólo cuando la muerte nos abra, rompiéndonos, estaremos vivos".⁷ A menudo su estilo recuerda al del entomólogo que es: "Por la noche me he enterado de que el pedazo de metralla del tamaño de una perra chica que ha herido a Erichson ha penetrado profundamente en la carne. Las heridas en el cuello son siempre muy molestas pues por él pasan como por un istmo las vías vitales".⁸ Informado de los horrores que se están cometiendo con los judíos, escribe en su diario: "Estas cosas se me aparecen a veces como una pesadilla, como un sueño demoníaco. Pero es necesario verlas con los ojos del médico, no esquivarlas. El burgués se encierra en sí mismo ante tales espectáculos".⁹

El autor se esfuerza por estar a la altura de un código ético-militar y prusiano, de una moral heroica. En su extraordinaria novela *Tempestades de acero* (1920), que Gide consideraba más que la obra de Hemingway sobre la guerra, el protagonista, mientras los proyectiles, "hacían que el suelo se moviese como la cubierta de un barco", filosofa sobre el coraje y recuerda un verso de Ariosto: "A un corazón grande no le horroriza la muerte, llegue cuando llegue, con tal de que sea gloriosa".¹⁰ La guerra, a la que en un artículo juvenil llamará "nuestra madre", es connatural a la vida del hombre sobre la tierra, y hay que aprender a mirarla cara a cara. Como a su reverso, la muerte: "Siempre aparecen unos pocos que son demasiado nobles para la vida. Buscan lo blanco,

⁴ Ernst Jünger, *Radiaciones*, España: Tusquets Editores, 1989; Vol. 1, 29-3-40. Las citas que siguen de esta obra corresponden a esta edición. Todas las notas —salvo la 2, 20 y la 34— corresponden a las fuentes de las citas del artículo.

⁵ *Radiaciones*, Vol. 1, 23-11-41.

⁶ *Radiaciones*, Vol. 2, 25-2-43.

⁷ *Radiaciones*, Vol. 2, 24-4-43.

⁸ *Radiaciones*, Vol. 1, 14-4-40.

⁹ *Radiaciones*, Vol. 2, 24-4-43.

¹⁰ Ernst Jünger, *Tempestades de acero*, España: Tusquets Editores, segunda edición, 1993, p. 181..

la soledad. La nobleza de ánimo de seres que se lavan con la luz la suciedad es algo que a menudo resalta de un modo muy bello en la máscara mortuoria. Lo que yo amo en el ser humano es su esencia más allá de la muerte, es su comunión con ella".¹¹

Esta visión no le impide ser un gran gozador de la vida, que disfruta cada ocasión que le depara la suerte entre marchas, combates y bombardeos: "Mientras escribo estas líneas estoy sentado en la terraza y degusto licores como Cointreau y Fine Champagne, que hemos encontrado en el bar de la casa —antes, claro está, nos hemos dado una buena ducha en el cuarto de baño—...".¹² O "no cabe duda de que sería una locura no aprovechar estas cosas tan buenas; de ahí que ayer celebrásemos los tres, a la luz de unas velas, una sesión de cata de vinos; el primer premio se lo llevó un delicado Clos Vougeot, y el segundo, un Chambertin. También era excelente un Beaune cosecha 1934, que tenía este hermoso lema: *J'aime à vieillir*. Por la noche, un tiempo bochornoso. Otra vez bombas en las cercanías, crepitaciones —mientras leía en la cama— oía zumbas el avión sobre los tejados como un insecto peligroso. Prosigo mi lectura del libro de Bernanos".¹³

La literatura es una pasión que no le abandona ni en los momentos de mayor peligro. Sus diarios, llenos de penetrantes epigramas, testimonian día a día su constante inquietud literaria e intelectual, su inacabable capacidad de reflexión acerca de los temas, objetos y episodios más variados.

Una de sus aficiones son las plantas y los insectos. Es un buen jardinero que cultiva su quinta y ha estudiado botánica. Es, también, un entomólogo que no pierde ocasión de practicar "la caza sutil". Hay dos especies que descubrió y llevan su nombre. En sus descripciones de flores e insectos ejerce ese estilo objetivo y exacto que será su sello. Se muestra aquí su asombro ante la naturaleza. Así, la *Chrysobothris* es "de colores metálicos y con hoyuelos dorados", y al "abrir sus élitros aparece por debajo de ellos un segundo par de alas, semejante a una ropa interior de seda de un verde brillante".¹⁴ Las flores llamadas calceolarias "tienen la máxima libertad de juego; no hay, entre todos los millones de individuos, dos flores que sean enteramente iguales. Las variedades más bellas son las de color púrpura oscuro o amarillo atigrado; para gozar del todo la profundidad de esos cálices llenos de vida sería preciso tener la capacidad de metamorfosearse en un abejorro".¹⁵ O, más en general sobre

¹¹ *Radiaciones*, Vol. 1, 23-4-42.

¹² *Radiaciones*, Vol. 1, 7-6-40.

¹³ *Radiaciones*, Vol. 1, 10-6-40.

¹⁴ *Radiaciones*, Vol. 1, 1-6-39.

¹⁵ *Radiaciones*, Vol. 2, 19-4-43.

los jardines: "...es importante que los jardineros permanezcan ocultos... el modelo de todos los jardines es el jardín encantado; el modelo de todos los jardines encantados es el Paraíso".¹⁶

A ello se une la curiosidad que nos despierta su vinculación con personajes como Karl Schmitt ("lo que incita a quererlo es que aún es capaz de asombrarse, pese a haber sobrepasado los cincuenta");¹⁷ Céline "en sus palabras se transparentaba la fuerza monstruosa del nihilismo. Estos hombres oyen solamente una melodía, pero ésta es enormemente penetrante. Se parecen a máquinas de hierro que prosiguen su camino hasta que alguien las destroza";¹⁸ Martin Heidegger, que leyó *El trabajador* y mantuvo con él, a partir de allí, un diálogo abierto sobre la naturaleza de la técnica moderna (aparentemente Heidegger da con este tema que llegará a ser central para él, gracias a Jünger); Cocteau ("simpático y al mismo tiempo sufriente, como el habitante de un infierno especial, pero confortable");¹⁹ Bertolt Brecht, amigo de juventud, que lo defiende después de la derrota nazi; o Mircea Eliade, con quien funda en 1958 la revista *Antaios*, por mencionar sólo algunos.

Pero también nos intriga su actitud en política. No cabe duda de que un libro como *El trabajador* (1932) lo ubica en una zona próxima al corporativismo, al fascismo, y, en particular, al totalitarismo. En su obra temprana se respira el aire que dio alas al naciismo. Escribe en diferentes revistas nacionalistas, entre ellas, "Widerstand" que agrupaba a los que simpatizaban con los bolcheviques y propiciaban una alianza con la Unión Soviética, a la que concebían empeñada, en el fondo, en un proyecto de naturaleza nacionalista. Para Jünger el nacionalismo corresponde a la emergencia de una fuerza vital, primigenia, vinculada a la tierra, a las raíces espirituales y a la lucha, que se afirma contra la Ilustración, y el orden liberal y burgués. En su postura hay mucho de Nietzsche. Goebbels intenta llevarlo al partido nazi; le ofrecen incluso una candidatura parlamentaria. Jünger no acepta. Le desagrada el naciismo. Desdeña, por ejemplo, el apego a la legalidad de la República de Weimar que Hitler utilizará para llegar al poder. Prefiere un estilo más revolucionario. Su repudio a la figura del burgués busca gestos más radicales.²⁰

¹⁶ *Radiaciones*, Vol. 2, 19-4-43.

¹⁷ *Radiaciones*, Vol. 1, 17-7-39.

¹⁸ *Radiaciones*, Vol. 1, 7-12-41.

¹⁹ *Radiaciones*, Vol. 1, 23-12-41.

²⁰ En el libro *Política y transcendencia en Ernst Jünger*, de Joaquín Fernandois, ya citado en la nota 1, hay un excelente análisis de la crítica de Jünger al mundo burgués y al pensamiento liberal, así como de su interpretación de la técnica y de la figura de "el trabajador".

“Cuando le oí hablar (1923) tuve la impresión —comenta de Hitler— de un hombre pálido, lleno de entusiasmo, que más bien que aportar pensamientos nuevos lo que hacía era desencadenar fuerzas nuevas”.²¹ Más que discursos sus palabras “eran conjuros”; por eso no podían ser rebatidas “con argumentos”. Tuve, dice, “la impresión de encontrarme en un crisol, en un sitio de fusión nacional”. Descubre, allí, que la masa borra las individualidades, clases y jerarquías, y se libera así un “enorme flujo de energía”. Según Jünger, entonces “la masa reconoce en una persona singular su unidad, su igualdad y hasta su libertad. Tal vez es favorable que esa persona singular carezca de fisonomía; la masa proyecta en ella su fe, su esperanza, su sentimiento de la grandeza”. La situación que vivía Alemania, explica, era “como un mal sueño” y “allí estaba ahora ese desconocido y decía lo que había que decir, y todos sentían que tenía razón”.²² Hitler, escribe Jünger, “conocía y estimaba”²³ sus obras sobre la Primera Guerra Mundial. Incluso le anunció una visita que no se materializó.

Pronto se apartará de la política para convertirse en ese agudísimo observador, que se vuelca principalmente a la escritura, y que conseguirá, en especial, en los diarios de la Segunda Guerra, publicados en castellano bajo el título *Radiaciones*, su huella más honda y personal. Su repudio al régimen nazi es cada vez más enfático. Es enviado al Cáucaso por su amigo el general Von Stülpnagel, uno de los rebeldes, para explorar el apoyo que podría tener un golpe militar contra Hitler. Su hijo mayor, Ernstel, es arrestado por su antinacismo. Mueve todas sus influencias para liberarlo. Lo consigue. El joven será posteriormente enviado a combatir en el frente italiano. Cuando Jünger se entera de que el autor del atentado contra Hitler (20 de julio de 1944) es un conde, escribe: “Ello confirmaría mi opinión de que en tales inflexiones de los tiempos entra en combate la aristocracia más antigua”.²⁴ Piensa “que los atentados modifican poco las cosas y, sobre todo, no aportan ninguna mejora”.²⁵ Von Stülpnagel, confiando en un levantamiento, arresta a los SS y a la Seguridad. Luego los libera. Es citado a Berlín. Sabiéndose perdido se dispara un tiro en la sien. A Jünger el hecho lo afecta muy directamente. A esa hora debieron haber estado comiendo juntos, cena que el general canceló personalmente poco antes. El disparo no lo mata; sólo lo deja ciego. Sus “enfermeros, que son al mismo tiempo sus guardianes”, anota Jünger, “lo han incomunica-

²¹ *Radiaciones*, Vol. 2, 29-3-46.

²² *Radiaciones*, Vol. 2, 29-3-46.

²³ *Radiaciones*, Vol. 2, 2-4-46.

²⁴ *Radiaciones*, Vol. 2, 21-7-44.

²⁵ *Radiaciones*, Vol. 2, 21-7-44.

do; es un preso".²⁶ Recuerda una "conversación junto a la chimenea que sostuvimos en Vaux sobre el estoicismo en la que comentamos que la puerta de la muerte está siempre abierta para los seres humanos y que con ese trasfondo resulta posible actuar con decisión".²⁷ A raíz del conato de rebelión se desata la vendetta y caen "los últimos hombres caballerescos"... "los espíritus libres". Y, sin embargo, filosofa, "estas víctimas son importantes porque crean un espacio interior y evitan que la nación como conjunto, como bloque, caiga en las espantosas simas del destino".²⁸ Al abandonar París, comenta que "las ciudades son mujeres y se muestran gentiles únicamente con los vencedores".²⁹ Debe salir súbitamente y de noche. Con todo, se da tiempo para dejar un ramo de flores frescas sobre la mesa de su cuarto, pero olvida "unas cartas irreemplazables".³⁰

Regresa con permiso a su casa en Kirchhorst. Allí, con su mujer e hijos sufren los bombardeos nocturnos, algunos de los cuales causan daño en la escalera, la techumbre y "se ha abierto una grieta que va desde el sótano hasta el desván".³¹ Escribe que "la oración purifica la atmósfera", que "atenúa y consume el miedo".³² Pronto se entera de que se ha tramitado su expediente de retiro. Ha sido acusado de participar en el intento de asesinar al Führer. El episodio, de alguna manera, había sido anticipado en su novela *Los acantilados de mármol* (1942), que fue un gran éxito de librería. Aparentemente, el propio Hitler lo liberó de responsabilidades porque le interesaba Jünger como escritor de prestigio y como símbolo de los valores tradicionales del ejército prusiano. Pero a poco andar se enrola y asume el mando en la milicia local, el "Volksturm". "Lo único positivo", apunta, "es la falta de salida".³³ Se entera de que su hijo Ernstel ha muerto combatiendo en las montañas de Carrara. Tenía dieciocho años. Más tarde confesará que su vida se divide en dos: antes y después de la muerte de su hijo.

En la crónica de la ocupación, escrita por el capitán Jünger en Francia, salta de la descripción de una herida; a la inolvidable mosca que molesta a un desertor a punto de ser fusilado (escena absolutamente estremecedora que no

²⁶ *Radiaciones*, Vol. 2, 23-7-44.

²⁷ *Radiaciones*, Vol. 2, 23-7-44.

²⁸ *Radiaciones*, Vol. 2, 22-7-44.

²⁹ *Radiaciones*, Vol. 2, 8-8-44.

³⁰ *Radiaciones*, Vol. 2, 14-8-44.

³¹ *Radiaciones*, Vol. 2, 2-10-44.

³² *Radiaciones*, Vol. 2, 1-11-44.

³³ *Radiaciones*, Vol. 2, 5-1-45.

podía dejar de notar ese otro gran observador que era Bruce Chatwin)³⁴; a un encuentro en el Ritz con el conde Podewils y el coronel Speidel, jefe de Estado Mayor del comandante en jefe, que desobedecerá la orden de incendiar París; al jardín de Madame Richardet, donde “una abeja se ha quedado colgada del labio inferior de la flor, la cual se ha curvado placenteramente bajo el peso”... dejando “al descubierto una segunda vaina, muy delgada, que en su extremo era de un color rojo muy oscuro y en la que estaban contenidos los estambres”... y la abeja comienza “su festín por esta parte, por el extremo donde el color invitaba al contacto”; a un análisis militar crecientemente desencantado con la conducción de las operaciones bélicas por parte de Alemania; a la mención de un libro de Edmond de Goncourt, firmado por el autor, que ha encontrado en una librería de libros viejos; a una tienda donde venden tapices, armas y adornos saharianos; a una cena llena de delicias en el Maxim’s; a su comentario, siempre inteligente y personal, del libro del Éxodo o de San Mateo, de Spengler o de Gide; a una visita al jardín de Monet; a una conversación con Léautaud; al taller de Picasso, de quien dice poco y nada; al museo de Rodin, que no le interesa (“olas de mar y de amor”); a la captura y contemplación de un insecto raro.

Y también está el Jünger aventurero y romántico, el lector de *El Conde de Montecristo*, el joven que huye del hogar paterno a los dieciocho años para enrolarse —mintiendo sobre su edad— en la Legión Extranjera con la intención de viajar después por África. Llega, como soldado, hasta Oran y Sudi Bel Abbès antes de que su padre, un farmacéutico en Hannover, logre repatriarlo y convencerlo de que termine sus estudios. El amor a los viajes no lo abandonará nunca: Verdún, Nápoles, Leipzig, Sicilia, Angola, Rodas, Dalmacia, Noruega, Cerdeña, Brasil, las Azores, Canarias, Marruecos, el Cáucaso, Malasia, Sumatra... Además, experimenta y viaja a través de ciertas drogas: prueba el opio, la mezcalina, la marihuana, la cocaína, el ácido lisérgico... Y está el nostálgico de la naturaleza impoluta, que formaba parte de un grupo de jóvenes que protestan contra los efectos del industrialismo ya en 1911.

Pese a no ser un pensador, *sensu strictu*, Jünger contribuye decisivamente a perfilar el concepto de *totalitarismo*. Esta es la opinión de Furet, en su reciente libro *Le passé d'une illusion*.³⁵ Su elaboración parte con la idea

³⁴ Ver Bruce Chatwin, “La guerra de un esteta”, *Estudios Públicos* N° 58, otoño 1995, pp. 437-453. Pareciera que, según Chatwin, se ejemplifica aquí la “sensibilidad anestesiada” de Jünger. No ha sido ésta mi impresión como lector. Esta escena desgarradora está en *Radiaciones*, Vol. 1, 29-5-41.

³⁵ François Furet, *Le passé d'une illusion*, París: Robert Laffont/Calmann-Lévy, 1995, p. 71 y p. 191.

jüngeriana de *movilización total*. Ambas nociones son inseparables de su noción de la *técnica* moderna, el aspecto más atrayente, quizás, de su interpretación de nuestro tiempo. Es, como he dicho, el hilo que lo une a Heidegger y, agrego ahora, a Nietzsche.

En efecto, la técnica es, para Jünger, como para Heidegger, aquello en que deviene la ciencia bajo el nihilismo. No hay distinción entre ciencia y técnica. La técnica no es una opción. Es la única ciencia posible en un mundo nihilista. Que la técnica no sea una opción quiere decir que nadie —ni el científico, ni el político, ni el militar, ni el campesino, ni nadie— puede escapar a su determinación. En otras palabras, la técnica es, para nosotros, un destino. En verdad, un destino trágico, pero que es preciso asumir a fondo para poder superar: “Con frecuencia veo ahora al ser humano como un varón de dolores que es empujado contra los dientes y rodillos de una máquina; esta va rompiéndole costilla tras costilla, miembro tras miembro, mientras que, en cuanto Hombre, no puede morir y quizás incluso gane”.³⁶

La técnica transfigura ineluctablemente nuestras relaciones con la naturaleza y con los demás seres humanos. No es el resultado de un designio deliberado; se nos impone como desde fuera. La movilización total es la consecuencia natural de la aplicación de la tecnología a la guerra, la batalla de las máquinas que pone en cuestión los valores tradicionales del guerrero como individuo. Si esto nos parece inhumano es que no hemos comprendido que la creación de máquinas responde, propiamente, a lo humano tal como ello se nos da hoy. Ella encarna nuestra voluntad de poder, que es la metafísica de nuestro tiempo, una metafísica encubierta, y que habrá de superarse de algún modo todavía incierto, pero no, en todo caso, por medio de una simple fuga o negación. El totalitarismo, entonces, viene a ser algo así como la mentalidad técnica aplicada a la política.

¿Es posible escapar a este destino? Jünger simpatiza íntimamente con quienes sufren ante la pérdida de la naturaleza, pero no ve salida. La zoología, la biología son técnicas. Lo mismo pasa con la política, la guerra y la sociedad. La técnica es irrefrenable. Ningún voluntarismo permitirá protegernos. La nostalgia debe ser superada. ¿Cómo? No es fácil. Jünger se esfuerza constantemente por barruntar ese camino de esperanza. No logra, creo, más que apostar a algo así como que el fenómeno de la técnica se trascenderá a sí mismo, después de radicalizarse hasta el extremo. La denuncia y condena se vuelve así nostalgia la nostalgia resignación, y la resignación, aceptación, cuando no aplauso desesperado. ¿No es este, a menudo, el destino trágico del nihilista?

³⁶ *Radiaciones*, Vol. 1, 15-3-42.

Pese a este pesimismo hay momentos en que vislumbra una salida. Días después de la llegada de los norteamericanos a París, anota: “¿Qué puede recomendarse al hombre, y sobre todo al hombre sencillo, para sustraerlo a esa uniformación, a la que también coopera sin cesar la técnica? Sólo la oración. En ella está dado, también para el más humilde, el punto en el que entra en relación no con partes del engranaje, sino con la totalidad. De ese punto fluye una ganancia inaudita, también soberanía. Esto rige asimismo fuera de toda teología”.³⁷

La reflexión de Jünger arranca de su visión de la guerra. Pienso que, en última instancia, lo que le preocupa es si puede, en realidad, someterse la guerra a ciertas reglas éticas. La cultura europea, como idea, debe mucho a este proyecto. Las órdenes de caballería —más aún, el concepto mismo de caballero— se basan en la posibilidad de entender la batalla como un juego que, aunque mortal y, a menudo, supeditado a motivaciones innobles, se dignifica por encuadrarse en función de ciertas reglas e imperativos. “Cuando los seres humanos combaten en niveles espirituales”, escribe, “incorporan la muerte a su estrategia. Adquieren así una especie de invulnerabilidad; de ahí que los asuste poco el pensamiento de que el enemigo procura privarles del cuerpo. En cambio, tiene suma importancia el que la muerte ocurra de manera adecuada, en un combate que brille como un símbolo y en el que ellos aparezcan erguidos como buenos testigos”.³⁸ Sin embargo, ¿tiene sentido intentar conservar esta noción ennoblecedora de la guerra si ha sido transmutada enteramente por la tecnología? ¿Cabe humanizar un conflicto entre máquinas de guerra o, por el contrario, en la lucha moderna todo, es decir, nada, vale? Y si es así, ¿queda algo en pie de aquello que sirvió de fundamento a las aristocracias tradicionales y a Occidente, como unidad espiritual, como conciencia o representación de sí mismo? Diría que esta es, a última hora, la inquietud que pone en marcha la meditación y la narrativa de Jünger. Un escritor capaz de situarnos ante tamaña pregunta con crudeza e inmediatez es un escritor de veras.

¿Cuál es la actitud de Jünger hoy ante el colectivismo? El 30 de julio de 1982 deja constancia en su diario de la visita de Jorge Luis Borges, ya casi totalmente ciego. Hay algo de por sí extraordinario en la sola idea de una conversación entre estos dos viejos colosos del pensamiento y de la pluma del siglo que termina. Sus vidas son absolutamente disímiles.

Por un lado, el escritor de cuentos, versos y prosas breves en los que el ‘yo’, la experiencia propia se esfuman en máscaras, otros libros y autores; el

³⁷ *Radiaciones*, Vol. 2, 29-8-44.

³⁸ *Radiaciones*, Vol. 1, 2-11-41.

bibliotecario incansable y genial; el intelectual de “la tortuga de Zenón y el mapa de Royce”, de las incertidumbres, de los laberintos y espejismos metafísicos; el lector de Kafka y de Michaux; el bonaerense anglófilo e irónico; el burgués cosmopolita y liberal.

Por otro lado, el soldado prusiano; el escritor aventurero; el novelista de largo aliento y carga personal, autobiográfica; el escritor de diarios; el hombre del empuje vitalista; el lector de los románticos alemanes; el nacionalista aristocratizante; el enemigo desdeñoso del liberalismo y del burgués por su incapacidad para comprender el sentido trágico de la vida, por su mediocridad complaciente, por su sordera para con el dolor, su “falta de relación con el mal”,³⁹ por corresponder a “la seducción del desencantamiento”.⁴⁰

Por otra parte, los hermanos la pasión por la literatura y la filosofía; lo sorprendentemente original de su mirada y personalidad; la distancia ante la masificación; su admiración por Schopenhauer, que, según un verso de Borges, “acaso descifró el universo”; y, sobre todo, la admiración por la figura del héroe. En el caso de Jünger, esto es su vida. En Borges tiene que ver con “las rayas del tigre”; con la patria “sentida en los jazmines” o “en una vieja espada”; con su abuelo, el coronel Francisco Borges, muerto en una batalla; con el cuchillo y el gaucho... Tiene que ver, en fin, con esa espada que un poema suyo reclama para la mano que “regirá la hermosa batalla, tejido de hombres”, que “enrojecerá los dientes del lobo”, que “prodigaré el oro rojo”... “Una espada para la mano de Beowulf”.

Cuenta Jünger que hablan, naturalmente, de Schopenhauer, “al cual ambos debemos mucho desde nuestra juventud”, de Whitman que “muestra a la democracia en su fuerza” y de *Bouvard et Pécuchet* de Flaubert que “la muestra en su infamia”. Al final dice que Borges le comenta que leyó *Tormantas de acero* en 1922, y que fue “una erupción volcánica”. El ejército argentino auspició la traducción. Pero lo más interesante es lo que ambos comentan acerca del mundo de los insectos: “Luego nos referimos a Huxley. Yo dije que el espíritu del mundo había manejado mejor la cuestión del orden político en el mundo de los insectos que en el nuestro. Al respecto, señaló Borges: ‘Tal vez en lo relativo al Estado, pero la hormiga considerada en sí misma no cuenta en absoluto’. Sin embargo —podría objetarse—, todas ellas están bien provistas. Tienen vivienda, alimentación y trabajo en abundancia, y por añadidura un largo sueño invernal. La mayoría está excluida de la vida sexual, pero eso tal

³⁹ Citado por Joaquín Fernandois, obra citada, tomo 1, p. 144.

⁴⁰ Acerca de esto, ver Joaquín Fernandois, obra citada, tomo 1, capítulo II y tomo 2, capítulo V.

vez es un alivio. ¿Y en cuanto al amor? Cuando bajo el sol de mediodía me encuentro ante uno de sus hormigueros y extendiendo sobre ellas mi mano, que se humedece mientras juguetea y agitan sus antenas creo percibir que son felices. Esto merecería un estudio. Estuvimos de acuerdo en cuanto al hecho de que los zoólogos no eran en absoluto capaces de hacerlo".⁴¹

El contraste es claro: cuando Borges piensa en la hormiga, piensa en que, como individuo, "no cuenta en absoluto". Jünger, en cambio, sintiendo las hormigas en su mano, cree "percibir que son felices". Para Jünger el colectivismo, pese a todo lo escrito sobre los horrores de la técnica como expresión del nihilismo, no deja de ejercer su magnetismo.

¿Cómo se compatibiliza ello con la figura del héroe? Jünger también habla del *anarca*, que representa algo así como un héroe civil, que se superpone al espíritu de la época y la trasciende. Es un rebelde, lleno de libertad interior y dispuesto a "luchar por la libertad, incluso en una situación sin esperanzas". Bajo ciertas circunstancias, vive "emboscado", apela al "recurso de la selva" que está "en más estrecha relación con la libertad que cualquier preparativo bélico". Este "ingreso al bosque" es lo que corresponde hacer a las "pequeñas élites que saben lo que exige la época y algo más también".⁴²

Así como hay en Jünger una veta colectivista, también hay esta otra veta, a veces, romántica, que cultiva la figura del individuo capaz de luchar contra toda esperanza y redimirse incluso —y quizás, especialmente— si es derrotado. Porque hay fracasos que valen más que muchos triunfos. Aquí está lo más valioso de Jünger. Esto lo que más nos atrae hoy, pienso, en su obra y en su vida. Por eso está en la mira. No sólo porque el nacionalismo esté renaciendo.

En un mundo dominado por la "cultura de la sospecha", nada más digno de ser puesto entre paréntesis que la actitud del héroe. Nadie más merecedor de la sospecha y de la desarticulación crítica correspondiente. Sin embargo, pareciera que en Jünger el heroísmo ha sido una práctica lúcida y serenamente asumida. Y esto hace que palidezcan sus yerros y ambigüedades.

Los diarios de Jünger no son enteramente espontáneos. Desde luego, la dimensión del eros y del amor ha sido censurada. Hay, en particular, momentos de desconcierto o desánimo en los que, simplemente, parecieran callar. Hay raros instantes en que esto silenciado se revela: "Mi traslado a París ha hecho que surgiese una laguna en estas anotaciones. Pero de ello tienen más culpa todavía los acontecimientos de Rusia, que comenzaron por aquella época

⁴¹ *El Mercurio*, 23-4-95, E 13.

⁴² Joaquín Fermandois, "Ernst Jünger, escritura en tiempos de catástrofe", *Estudios Públicos*, N° 58, otoño 1995, pp. 465-525.

y provocaron una especie de parálisis espiritual"...⁴³ La laguna va del 19 de julio de 1941 al 8 de octubre de ese año. Casi tres meses de "parálisis espiritual", que queda en las tinieblas... Jünger sólo escribe en la medida en que logra sobreponerse y asumir la actitud y el tono ético que lo caracterizan. Las fuerzas que ha vencido dentro de él para lograrlo ni se mencionan. Hay aquí en movimiento una poderosísima capacidad represiva. Su estilo con frecuencia delata este extremo auto control. Su amiga y biógrafa, la escritora de origen caucaseano, Umm-El-Banine Assadoulaeff, dice de Jünger en 1943 que parece "una estatua de hielo".⁴⁴ Con todo, su escritura permite asomarse a la estructura interior de un hombre que se propone y lleva a cabo actos de real heroísmo con sangre fría y plena conciencia.

¿Por qué Jünger, entonces? Por múltiples motivos, por cierto. Principalmente, por el antiguo y extemporáneo tema del héroe. No es casual, pienso, que, en la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles analice, en primer lugar, la virtud de la valentía. Sin ella no hay otras virtudes. Sin ella no hay fibra moral. Y eso, creo, es lo que hoy echamos de menos. Esta es la clave del interés y la admiración que despierta Jünger. Creo entender que la superación del nihilismo se da para él en la conducta heroica, es decir, en la actitud ética concreta, en la práctica personal.

Kavafis comienza su poema *Termópilas*⁴⁵ diciendo: "Honor a aquellos que en sus vidas/se dieron a la tarea defender Termópilas". Los Leonidas de Kavafis "nunca se apartan del deber"; son "justos y también clementes"; dicen "siempre la verdad, pero no odian a los que mienten". El poema concluye con estos versos:

Y mayor honor les corresponde
cuando prevén (y muchos prevén)
que Efiltes ha de aparecer al fin,
y que los medos, finalmente, pasarán.

El 11 de abril de 1945, en Kirchhorst, Jünger anota: "Con las primeras luces del alba nos despierta el ruido producido por el rodar de los tanques... No

⁴³ *Radiaciones*, Vol. 1, 8-10-41.

⁴⁴ Umm-El-Banine Assadoulaeff, citado por *Magazine Littéraire*, N° 326, noviembre 1994, p. 31. Este número de la revista trae un interesante dossier sobre Jünger.

⁴⁵ El poema está publicado en griego y traducido al castellano, en Miguel Castillo Didier, *Kavafis Íntegro*, Santiago: Universidad de Chile, 1991, pp. 358-359. He modificado ligeramente la traducción.

hay un alma en la carretera...". Dos días antes ha circulado el rumor de que el pueblo está sitiado. Se oye constantemente fuego de artillería. El día 10 comienzan a disparar los cañones ubicados en Stelle, cuyas ráfagas atraviesan el jardín y "hacen que la casa retumbe como un yunque bajo los golpes del martillo".

Ahora los cañones emplazados en Stelle están en silencio y "un ruido como de molino" crece sin cesar. "Como ya me ha ocurrido con frecuencia en mi vida", escribe, "soy en este pedazo de tierra el último hombre que posee mando. Ayer di, en esa condición, mi única orden: ocupar la barrera antitanque y luego abrirla cuando aparezcan las avanzadillas". Un caminante solitario se detiene cerca de la barrera, en un camino del bosque. "En el instante", cuenta, "en que aparece el primer tanque gris con la estrella de cinco puntas quita el seguro a su pistola y se pega un tiro en la cabeza".

Jünger observa el avance de los blindados por la carretera. Pasan por horas y horas: "El río de hombres y de acero pasa rodando sin interrupción, lento pero incontenible". Apunta en su diario: "No se recupera uno de una derrota como ésta, como sí se recuperó en otro tiempo la gente después de Jena o de Sedán. Esta derrota marca un viraje en la vida de los pueblos, y no sólo han de morir muchos seres humanos, sino que en esta transición están hundiéndose también muchas cosas que nos conmovían en lo más íntimo. Uno puede ver, entender, desear e incluso amar lo necesario, y al mismo tiempo hallarse traspasado, sin embargo, de un dolor inmenso. Es preciso saber eso si se quiere comprender nuestro tiempo y sus hombres. En este juego, ¿qué es dolor de parto, que es dolor de muerte?"⁴⁶

Lo que nuestro tiempo busca en Jünger es un secreto, una clave perdida, la sombra, quizás, del héroe trágico. □

⁴⁶ *Radiaciones*, Vol. 2, 11-4-45.